

# TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS



# LEON MATHOT

CUADERNO N° 34

35 CTS

EL PRÓXIMO CUADERNO

# HENNY PORTEN

La mujer rubia y fuerte como una "Walkyria"  
legendaria - Detalles amenos e interesantes de  
su vida y de su arte - Sus varias creaciones

EN PREPARACIÓN:

Tulio Carminatti : Carol Holloway  
Tom Mix : Grace Cunard

## TAPAS ESPECIALES

en tela y oro, ricamente decoradas, para encuadernar el primer  
volumen de

**“Tras la Pantalla”**

**PRECIO: 1'50 PTAS.**

Que también mandaremos fuera de Barcelona, previo el envío de dicha cantidad por Giro Postal o en sellos de correo, con un aumento de *diez céntimos* por gastos de franqueo      Certificadas: 35 céntimos

Tapas y encuadernación: 2'50 Ptas. para los lectores de la Capital

DIRIGIRSE: **Bruch, 3 ~ BARCELONA**

# TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS

## LEON MATHOT

POR

### MICROMEGAS

ÉRASE QUE SE ERA...



ORRIA el año de 1886, y la por entonces pequeña población de Roubaix, situada en la vecina república francesa, iba a ser teatro de un acontecimiento de importancia.

Vivía por aquel entonces en la pequeña ciudad un matrimonio de modestos rentistas, para quienes la vida transcurría en una tranquilidad de égloga.

Llamábase el marido Charles Mathot y era uno de los hombres más estimados y de más prestigio de la población. Poseía un carácter dulce y amable, que le hacía extraordinariamente simpático, pero su temperamento se inclinaba generalmente a la melancolía.

Sin embargo aquel año, el carácter de Charles Mathot sufrió un cambio brusco. Sin razón ninguna se reía a carcajadas, estaba siempre dispuesto a dar y recibir bromas y, en suma, se le veía gozar, hasta saciarse, del placer de vivir.

¿Cuál era el motivo?

Nadie lo ignoraba en la población. La esposa de Mathot se hallaba en vísperas de tener un hijo. Y esto, que para algunos matrimonios representa una desgracia de categoría, para el matrimonio Mathot significaba una de las alegrías mayores de que habían disfrutado jamás.

Ambos, cuyos caracteres les distanciaban en muchos momentos de la vida conyugal, se ponían de completo acuerdo cuando la conversación recaía sobre el hijo que iba a nacer. Ambicionaban para él las mayores glorias; soñaban con que fuese general, un general moderno, de esos que dirigen una guerra sin salir de su tienda de campaña; no les parecía del todo mal que llegase a ser un periodista de fama o un escritor de nombradía, y hasta pensaron que el apellido de Mathot era lo bastante sonoro para que lo ostentase un presidente de la República.

Lo que no pensaron, ni por un momento, fué que su hijo llegase con el tiempo a ser un cómico célebre. Aquella pareja de esposos amantes, hundidos en el sombrío rincón de una provincia, alimentaba rancios prejuicios sobre cuestiones faranduleras. Tenían el convencimiento de que los cómicos eran unos trotamundos que no pagaban en las posadas, y que, para postre, empeñaban las mantas y las sábanas con que se cubrían en las casas de huéspedes.

En su fero interno no diferenciaban a los cómicos de los gitanos que recorren el mundo en caravanas astrosas, más que en el grueso de una uña. Para ellos, unos y otros eran poco más o menos lo mismo. Es verdad que los cómicos iban mejor vestidos, pero en cambio tenían siempre deudas pendientes con el sastre.

Esta era la manera de pensar del buen matrimonio.

Y he aquí que un día, el día 6 de marzo de aquel año, cuando la primavera lanzaba sobre la tierra oleadas de luz y de perfumes—y también, ¡ay! ráfagas de viento huracanado, que levantaban las faldas de las mujeres y hacían emprender una carrera frenética a los sombreros de los hombres,—vino al mundo el hombre que más tarde habría de causar la admiración de los públicos.

El bautizo revistió en la población los caracteres de un acontecimiento. En los días que mediaron entre el nacimiento y el bautizo, se discutió por las amistades del matrimonio el nombre que llevaría el vástag. Salieron a relucir los nombres del calendario y algunos más, pues entre los amigos de Charles Mathot figuraba en uno de los primeros términos un helenista formidable, que, por su gusto hubiese llamado al recién nacido Philoctetes, Prometeo o Philemón. Pero por unanimidad se convino en que scrabaran helenismos en aquella combinación bautismal, ya que vivían en Francia y en época moderna.

Los nombres guerreros también tenían allí una nutrida representación, prevaleciendo, claro está, el de Napoleón. Pero los esposos Mathot, excesivamente modestos, comprendieron que fordearían los límites del ridículo si colocaban a su hijo el nombre del

emperador. Por otro lado, no querían contradecir abiertamente a los que habían hecho la proposición, y después de muchas discusiones, de muchas renuncias por una y otra parte, se llegó al punto principal.

El pequeño Mathot no se llamaría Napoleón, porque esto podría tomarse como una ostentación de patrioterismo barato, pero, en cambio se le bautizaría con el nombre de León. Así, el nombre no perdía en sonoridad y ganaba en brevedad.

Y se celebró el bautizo, y León Mathot empezó a ser una personalidad en el mundo. Una personalidad diminuta, insignificante, en la que los hombres apenas se fijaban y a la que las mujeres llenaban de caricias dulzonas, igual exactamente que lo hicieron más tarde mujeres de otra laya, y que lo harán seguramente ahora algunas artistas cinematográficas o algunas damas encopetadas que han tenido el capricho de correr una aventurilla con el famoso actor.

Fueron sus primeros años, poco más o menos igual que los de cualquier muchacho hijo de familia acomodada y residente en una tranquila población provinciana: pocas horas de colegio, muchas horas de oración y doctrina y algunas horas de recreo y descanso.

Sólo que el pequeño Mathot no se inclinaba demasiado hacia el lado místico. Y, hurtando la vigilancia de sus padres y maestros, simulando leer libros devotos, leía obras de aventuras del capitán Maine Reid y del famoso Julio Verne.

Resultado de estas lecturas fué que a los diez o doce años de nacer, nuestro hombre estaba materialmente empapado de conocimientos geográficos pintorescos. Sabía de memoria las serpientes de cascabel que se arrastraban por las selvas vírgenes del Brasil; sentía una simpatía cordial hacia los negros cimarrones de las Antillas; estaba convencido de que en Australia existía un árbol de cuyo tronco se podía sacar una harina muy substancial, y no ignoraba que en el centro de la tierra, a muchos miles de metros de profundidad, existían verdaderos bosques de hongos, tan altos como los más altos pinos.

Su habitación era para él el teatro de sus hazañas. Y por las noches, cuando entraba en ella, abandonando su aire de timidez, de «buen chico», habitual en él durante el día, se transformaba en un perfecto salvaje. Requería el rifle de madera y la bocina con que los negros cimarrones se llamaban los unos a los otros, que tenía escondidos prudentemente debajo del armario de su cuarto, y él sólo luchaba contra una legión de seres invisibles y poderosos.

Lo más heroico de estas batallas era el silencio en que se desarrollaban. Como los padres de León Mathot dormían en una habitación cercana a la del héroe, el terrible bandido de los bosques se veía obligado a substituir los gritos por gestos y los tiros por ademanes exagerados.

Desplegaba un curso de gimnasia en toda regla, y después, escondiendo de nuevo las armas, se quedaba dormido como un bendito. Y soñaba que estaba tendido en una hamaca, en medio de los bosques tropicales, formando parte de un grupo de buscadores de caucho, que encendían hogueras durante la noche para amedrentar a las fieras. Y le parecía que sobre uno de los dedos pulgares de sus pies aleteaba el temible vampiro del trópico que chupa la sangre de los hombres sin despertarlos. Cuando abría los ojos, por la mañana, se encontraba con que el feroz vampiro no era otra cosa que los dedos de su madre que le hacían cosquillas en las plantas de los pies.

Así vivió nuestro hombre hasta los quince años. Y a esa edad, cansado de no vivir aquellas aventuras más que con la imaginación, decidió vivirlas de verdad.

Un día, sin otro equipaje que un pequeño morralito que llevaba a la espalda y un inmenso baul lleno de sueños e ilusiones, León Mathot abandonó el hogar paterno y empezó a recorrer el árido camino de la vida.

EL PEQUEÑO CAMINANTE. CARRETERAS, PUEBLOS, CIUDADES... ;PARI : : : : RIS! : : : :

...Y anduvo, anduvo muchas horas, sin sentir el cansancio, absorto ante aquel mundo nuevo que se iba abriendo delante de sus pies.

Siguiendo la cinta blanca de la carretera se sentía feliz. A uno y otro lado, los bosques pintaban paisajes de ensueño; eran casi, casi como aquellos bosques que él había visto desfilar a través de las páginas de los libros de aventuras. Es verdad que en ellos no anidaba la serpiente boa ni tenía su guarida el feroz chacal; pero en cambio había en abundancia víboras pintarrajeadas y tal vez no estuviese muy lejos de ellos el temible jabalí.

De vez en cuando rompía la monotonía de este camino siempre igual algún pueblo que cortaba bruscamente la línea de la carretera.

León Mathot lo recorría entonces, un poco avergonzado y un poco temeroso, creyendo ver en todos los rostros el de un amigo de sus padres. Cuando volvía a salir a la carretera, respiraba de nuevo, satisfecho de haber escapado al peligro de ser descubierto.

Y proseguía su caminata interminable, tropezándose con algún carro que recorría lentamente el largo camino, con rebaños de ovejas que pacían tranquilamente o con un mendigo que arrastraba los pies, apoyado en su palo nudoso.



FUM

León Mathot

Caricatura de Fum

También de tarde en tarde cruzaba, raudo, un automóvil. Y nuestro pequeño aventurero miraba con envidia mal disimulada a los ocupantes del vehículo.

Empezó a cansarse. Las horas habían transcurrido y el sol comenzaba a ocultar poco a poco su disco de oro.

Y cuando las primeras sombras de la noche extendieron su manto sobre la tierra, León Mathot abandonó su papel de héroe para convertirse en un pobre muchacho lleno de miedo. Ya no pensaba como en el cuarto de su casa, en transformarse en negro cimarrón para sostener combates con enemigos invisibles y poderosos, sino que reconcentraba todos sus sentidos en la mirada, oteando el horizonte, en busca de una vivienda, una luz, algo que denunciase un lugar habitado.

Fué la primera lección que le dió la vida.

Nada encontró, y temiendo avanzar más, se tendió sobre el verde césped de un bosque que extendía sus ejércitos de árboles a ambos lados de la carretera. Procuró, eso sí, colocarse cerca del camino, pues prefería los encuentros con los hombres a las bruscas acometidas de las fieras.

Y en esto es donde más se observa que el pequeño Mathot no estaba curtido todavía por los vendavales de la vida ni había leído a esos amargados que se llamaron Gerardo de Nerval, Baudelaire o Musset. Tal vez ahora prefiriese hallarse delante de una manada de lobos hambrientos que tropezarse con un hombre en un camino solitario o al revolver de una calleja.

Al amanecer le despertó el piar de los pájaros; se desayunó con los restos de la comida que llevaba en el morralillo, y después de lavarse en un arroyuelo cercano prosiguió la caminata interrumpida.

Pero aquel segundo día de viaje ya su ánimo se hallaba bastante más decaído. Ya no buscaba las aventuras, y si alguna le surgiese de improviso, estamos seguros de que hubiera hecho lo posible por evitarla.

Volvía a ser el niño de antes, dulce y bueno, cuyo único defecto era el de poser una viva imaginación. Sentía remordimientos por la acción que acababa de cometer, y se imaginaba a su madre llorando en el hogar, en el que ya no resonaban sus risas ni sus voces; tal vez la buena señora había registrado la habitación del prófugo, en busca de un dato, de un indicio que le indicase su pista, y habría encontrado sus escopetas de palo y su bocina de negro cimarrón. Y se imaginaba ahora a la santa mujer llorando sobre aquellos objetos que eran el único recuerdo del hijo ausente.

Y al pensar en tales cosas, sentía la nostalgia del regazo materno, y hubiera querido correr a su lado, para arrojarse en sus brazos, llorando también él de dicha i de alegría.

Esta idea llegó a aferrársele en el cerebro. Por unos instantes, trató de desandar el camino que había recorrido el día antes. Pero

estaba desorientado. Había caminado tanto, en aquella larga jornada, que el miedo a perderse fué superior a su voluntad. Y volvió a emprender de nuevo la penosa marcha, siempre adelante, siempre hacia lo desconocido.

Y así anduvo, un día y otro día, juguete del destino que lo empujaría hacia donde le pareciese, bien seguro de que en aquella naturaleza infantil no iba a encontrar resistencia.

Cuando podía dormía en las posadas o en los mesones; cuando no, el dosel de cielo, bordado de estrellas de plata, le servía de techo.

De tarde en tarde, un carretero, compadecido del lamentable estado del pequeño caminante, lo llevaba un buen rato en su carro y partía con él su comida. Eran aquellos momentos fugaces como ráfagas de felicidad que venían a orear la frente del precoz trotamundos. Le parecía imposible avanzar sin que sus pies se destrozasen con los guijarros de la carretera. Y gozaba como un niño que era viéndose en lo alto del carro, contemplando como iban quedando atrás caseríos y praderas y bosques, sin que aquello representase para él el más pequeño esfuerzo.

Y un día, un buen día en que el sol brillaba con más fuerza que nunca, ante los ojos del caminante apareció, como una visión de ensueño, el cuadro encantado de París dibujándose en el horizonte, envuelto en una neblina suave, sobresaliendo por encima del inmenso grupo de casas la cúpula del Museo del Louvre, la punta de la Torre Eiffel y las torres de Nuestra Señora de París.

León Mathot creyó soñar. Aquello era demasiado para él. Jamás, ni aún en sueños, ni aún cuando echaba a volar por los campos de lo ignoto los pegasos de su imaginación, pudo pensar que en el mundo existía un cuadro tan bello y tan imponente.

Horas enteras se pasó contemplando el soberbio panorama, viendo desde lo alto del camino cómo los tranvías, pequeños como juguetes, cruzaban por mil puntos distintos de la ciudad, viendo cómo los barcos se dejaban arrastrar por la mansa corriente del Sena, viendo cómo los hombres, semejantes a hormigas, se movían de un lado a otro, en cantidades incalculables, que producían vértigos.

¿Cómo entrar en aquella ciudad inmensa y desconocida? ¿No sería arrollado, aplastado, deshecho por aquellas olas de hombres y de vehículos, peores mil veces que el «simoun» del desierto o las trombas del mar?

No. No entraría, no se atrevería a entrar. Prefería volver atrás, a la casa paterna, a los brazos maternales, que lo mercerían como en aquellos tiempos ya lejanos en que balbuceaba las primeras palabras.

Sin embargo, no era tan fácil el regreso. ¿Hallaría el verdadero camino para encontrar de nuevo el hogar? ¿No se perdería en el laberinto de vueltas y revueltas que había recorrido en aquellos días interminables de angustias y fatigas? Y, sobre todo, ¿no era

una gran cobardía retroceder, cuando el destino le brindaba aquel espectáculo extraordinario?

Tuvo un gesto de suprema resolución y avanzó por la carretera.

Algún tiempo después sus pies menudos recorrían las calles de los arrabales de París.

AÑOS DE LUCHA. EN  
EL BARRIO LATINO. DE  
CAMINANTE A ACTOR.

No vamos a narrar aquí, punto por punto, las primeras aventuras de León Mathot en París.

Hizo lo que hacen la mayoría de los muchachos que llegan sin un céntimo a las grandes ciudades. Trabajó en todos los oficios, se inició en todas las profesiones y no terminó ninguna. De temperamento inquieto, se cansaba pronto de cualquier esfuerzo continuado y necesitaba buscar variaciones en el empleo de sus energías.

Tuvo alternativas de suerte y de desgracia. Pero no se hundió en el pantano del anónimo, que espera siempre con las fauces abiertas el momento de tragarse a toda esa pléyade de jóvenes soñadores, que llegan a las ciudades dispuestos a conquistar la fortuna o la gloria.

A las pocas semanas de hallarse en París, sus padres tuvieron noticias de él, proporcionadas por un amigo que se hallaba en la capital solventando varios asuntos de familia.

Inmediatamente se puso el padre en camino para la ciudad y trató de volver a su hijo a la tranquilidad del rincón provinciano. Pero tropezó con la obstinada resistencia del joven, que ya le había empezado a tomar gusto a la vida vertiginosa de la «Ville Lumière», y no consentía en abandonarla cobardemente, por lo menos hasta que luchase en ella y se convenciese de que marchaba hacia un fracaso seguro e inevitable.

Y fué tanto lo que habló y tantas las razones que adujo en su favor, que convenció a su padre de que su porvenir estaba allí, en medio del vértigo de la vida ciudadana, pues él no había nacido para vegetar tristemente en una población de provincia, sino para acometer grandes y atrevidas empresas, ya que le sobraba voluntad y audacia para ello.

Antes de salir de París, Mr. Charles Mathot dejó a su hijo matriculado en la Escuela de Ingeniería, con el propósito de darle armas para emprender aquella lucha por la vida que el joven tanto ambicionaba.

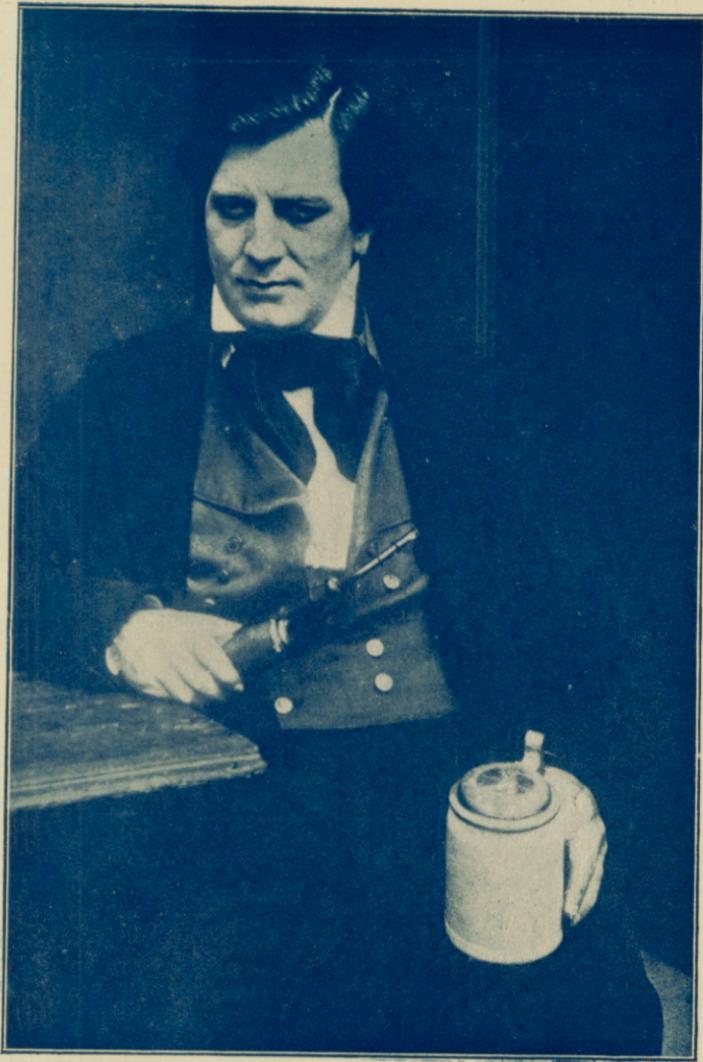


LEON MATHOT en «El amigo Fritz»

LOS GRANDES ARTS CINEMATOGRÁFICOS



LEON MATHOT en "Trabajo"



LEON MATHOT en *«El amigo Fritz»*

Y León, fuerte, sano, y con dieciséis años sobre las espaldas, se encontró en París con una cantidad mensual suficiente para vivir con relativo desahogo.

Peró al verse de nuevo solo, en aquellas condiciones, no se le pasó un momento por la imaginación la idea de instalarse en cualquier *faubourg* más o menos burgués, donde su vida de estudiante transcurriese plácidamente.

Fué el pintoresco Barrio Latino el que le atrajo con su prestigio de leyenda; con su dorada aureola de amores fáciles en buhardillas donde gorgcea un canario y donde las flores adornan el marco de la ventana; con sus cafés bulliciosos, donde los parruquianos consumen ajenjo, la sagrada bebida de Verlaine; con sus lindas grisetas, traviesas como alumnas de un aristocrático colegio de monjas y cínicas y despreocupadas como Gavroche.

Y al Barrio Latino se fué con su bagaje de ilusiones, con sus libros de ingeniería, que se le antojaban pesados y oscuros. Pensaba aprobar sus asignaturas en los exámenes, para dar gusto a sus padres, que se sacrificaban por su porvenir, pero no le parecía todavía ocasión de tomar la vida en serio.

En efecto: no perdió oportunidad de divertirse y aprovechó todas las coyunturas que se le presentaron para satisfacer su curiosidad, una curiosidad insaciable que las lecturas constantes agudizaban más cada día.

Frecuentaba tertulias de escritores bohemios y de pintores incomprendidos, y escuchaba las teorías más absurdas y más utópicas, que le obligaban a formarse una falsa idea del arte. También él se había ido acostumbrando a mediar en las discusiones, y el amanecer le sorprendía muchas veces en un pintoresco café del Barrio Latino perorando de pintura y de literatura con un grupo de jóvenes pálidos, que usaban grandes chambergos y fumaban en pipas descomunales.

Cuando llegaba la época de los exámenes, unas cuantas semanas antes, Mathot se encerraba en su habitación y no salía más que para comer; estudiaba horas y horas, teniendo al lado la cafetera y la petaca, los dos compañeros inseparables de los estudiantes perezosos, que en algunos días de trabajo febril, tratan de resarcirse de los largos meses de vagancia.

Y aprobaba siempre, a costa de penosos sacrificios. Después, volvía al pueblo natal, donde sus padres le esperaban con ansia, y pasaba a su lado los meses de vacaciones.

En uno de estos viajes, León trató conocimiento con algunos elementos de categoría de una compañía teatral que hacía frecuentes *tournées* por la República, y la charla de aquellos faranduleros le deslumbró. Barajaban de tal modo en su conversación el oro y los aplausos, los laureles ganados en la escena y los hoteles sumptuosos en que se hospedaban, que Mathot ni siquiera se dió cuenta de que el conocimiento había sido hecho en un fermentido vagón de tercera clase.

Quedó preso en las redes sútiles que le tendían los sacerdotes de Talfá. Con aquella poderosa imaginación de que estaba dotado vió ante sí un porvenir de príncipe: palacios, viajes en *sleeping*, ovaciones, triunfos... No lo pensó más, y como el director de aquella compañía le hubiese dicho que en el teatro tendría por su figura gran aceptación y que el frac le sentaría admirablemente, Mathot ya no regresó a París a continuar sus estudios de ingeniero, sino que se quedó en una ciudad francesa, donde la compañía iba a dar una serie de funciones.

Se equivocó en esto como en otras cosas. Los hoteles suntuosos, no eran más que modestos cuartos de casas de huéspedes, en los que campaban por sus respetos batallones de pequeños insectos; los triunfos no pudo apreciarlos, porque el teatro se vió vacío todas las noches, y los viajes, al salir de aquella población, se convenció de que se hacían en las peores condiciones posibles, pues cuando no se trasladaba toda la compañía de un pueblo a otro en la tercera del ferrocarril, lo hacía en carros, donde iban amontonados hombres y baules.

Sin embargo, aquella vida tenía un encanto para León Mathot: el encanto de lo pintoresco y de lo imprevisto. Nunca se sabía cómo se presentaría el día siguiente, y esto era como lanzarse de lleno en los brazos de la Madre Aventura.

Y he aquí cómo, por una ironía del destino burlón, vino el hijo a caer precisamente en aquello que sus padres censuraban con más acritud.

**CANSADO DE LA VIDA**  
**TEATRAL, MATHOT**  
**ACEPTA PROPOSICIO-**  
**NES PARA TRABAJAR**  
**EN EL CINEMATÓGRAFO.**

Algún tiempo todavía permaneció León Mathot trabajando en compañías teatrales de poco fuste. Tenía cualidades sobresalientes para triunfar, pues además de su figura, bellamente varonil, poseía el secreto del gesto seguro y rápido que caracteriza a los grandes actores.

Durante algunas temporadas fué el galán joven preferido de las compañías de provincias. Las lindas damitas de fuera de París suspiraban por el joven actor, y los varios directores que tuvo en su corta carrera teatral, se convencieron pronto de que Mathot, para ellos, era un elemento de éxito, sobre todo entre el género femenino.

En aquellas *tournées*, el ingeniero renegado aprendió a interpretar diversas clases de tipos. Desde el héroe de las tragedias de

Corneille o de las comedias de Molière, hasta los modernísimos y audaces personajes de Bernstein, de Tristán Bernard o de Sardou. No fué el género trágico la nota predominante en su labor de artista. Prefería la alta comedia, que no necesitaba, para expresar los sentimientos, de ademanes exagerados ni gestos violentos, sino que era como un reflejo de la vida misma, donde los personajes se movían, hablaban y accionaban como hombres de carne y hueso.

Interpretando esta clase de tipos, su nombre no tardó en hacerse popular en toda Francia, preparándole ya el camino para alcanzar en el cinematógrafo ese grado máximo de popularidad de que hoy disfruta.

Era en aquellos tiempos en que el nunca bien elogiado M. Charles Pathé recorría las provincias de Francia en busca de artistas para sus producciones. Conoció en Nancy a nuestro hombre y se quedó prendado de su trabajo. Con aquel fino golpe de vista que es su mayor mérito, comprendió en seguida el hábil director que se hallaba ante una figura extraordinariamente «fotogénica», que de seguro daría al cinematógrafo de Francia días de gloria.

Y lo contrató. Lo contrató con el propósito de aleccionarlo, de someterlo a su dirección, poco a poco, sin precipitaciones que pudiesen echar por tierra sus cálculos de éxito.

Empezó a trabajar en producciones sin importancia, metros de películas casi perdidos, en los cuales Pathé esperaba ir corrigiendo, uno por uno, los defectos del futuro gran actor.

El espíritu inquieto de Mathot se revelaba de vez en cuando contra esta lentitud abrumadora, tan poco en carácter con su temperamento inquieto y ambicioso. El hubiera deseado llegar al cine y triunfar, como triunfó en el teatro, sin preparación, sin estudios, y, sobre todo, sin aquellas pruebas costosas que humillaban un poco su orgullo de artista. Cada vez que su director le hacía ver la conveniencia de quemar algunos metros de películas que él había interpretado, para volver a hacerlos de nuevo, Mathot experimentaba una gran tristeza y una profunda desilusión.

Se creía entonces un fracasado, un iluso que había soñado con la popularidad del cinematógrafo, pero que se creía incapaz de llegar a ella. Y era en estas ocasiones cuando Pathé desplegaba todo su espíritu paternal, haciéndole ver a su discípulo que todo aquello lo hacía para depurar de defectos su labor de mañana.

En efecto; no pasaron muchos meses sin que el gran director diese una alegría de importancia al joven artista. Fué cuando le dijo que desde aquel día iría a trabajar a los estudios de la Film d'Art, una de las ramas de Pathé, en Neuilly, para producir películas artísticas, en las cuales interpretaría los roles de protagonista.

Aquello era su sueño, que adquiría al fin realidad.

Y León Mathot empezó a trabajar en aquellos estudios con fe y con entusiasmo, comprendiendo que al fin había encontrado en la vida el verdadero camino.

**LAS CREACIONES DEL**  
**GRAN ACTOR. «EL RI**  
**VAL DE HARLEM», «EL**  
**CONDE DE MONTECRIS**  
**TO», «EL AMIGO FRITZ»,**  
**::::: «TRABAJO» :::::**

La primera producción que Mathot hizo para aquellos estudios fué «El rival de Harlem», un drama emocionante, en cuya creación del rol de protagonista el actor puso toda su alma.

A raíz de aquella creación la crítica empezó a fijarse en las cualidades descollantes del joven actor, y no escaseó los elogios ni los adjetivos encomiásticos para enaltecer su labor.

Estaba consagrado en el cinematógrafo, y el público esperaba de él cada día un mayor esfuerzo, una creación mejor que las anteriores, para convencérse de que no había puesto su fe en un artista incapaz de conservar su puesto.

Aparecieron algunas otras películas interpretadas por él, en las que, tanto la crítica como el público, notaban progresos en su trabajo ante la cámara. Y un día, la casa Pathé anunció una gran producción del notable artista. Se titulaba «El conde de Montecristo» y era una visión de la obra de Alejandro Dumas.

León Mathot obtuvo en la interpretación de esta larga película un éxito rotundo, uno de esos éxitos que acreditan para siempre a un actor. Durante el transcurso de aquellas escenas, Mathot se mostró ingenuo, caballeroso, atrevido, galante, como convenía a los diversos aspectos anfírmicos por que atravesaba aquel personaje novelesco.

Pero, sobre todo, se mostró bello, virilmente bello, con una belleza masculina y energética, que hacía temblar de emoción a las lindas damitas que acudían al cine cada noche a ver a su actor ya favorito.

Recordamos que en la proyección de esta película, una de las cosas que más impresionaba a las espectadoras era el pecho de León Mathot. Un pecho blanco, sin un pelo, sin una deformidad, que él cuidó de lucir, adivinando que allí obtendría una parte no despreciable de su éxito.

No por eso olvidó el actor su arte, antes al contrario, hizo derroche de él, mostrándose artista en todos sus movimientos y en todas sus actitudes. Y es por esta razón, que en esta cinta se reunen los dos elementos necesarios para triunfar ante todos los públicos: para los hombres, un poco descontentadizos y un poco



León Mathot en *Trabajo*

Dibujo de Moner

exigentes, derrocha el actor arte verdadero, y para las mujeres, hace el regalo de su figura esbelta y varonil.

En «El amigo Fritz» vemos un Mathot diferente, un Mathot que desdaña su físico para vivir en toda su verdad el amable personaje que crea. Hay optimismo en todos sus gestos y en todos su ademanes; hay en su modo de fumar, de sentarse, de hablar, un epicureísmo sorprendente, como si fuese el actor el mismo Fritz, amante de todas las bellezas de la vida.

En una interviú celebrada recientemente con el popular actor por una revista francesa, vemos que es el propio Mathot quien dice que es «El amigo Fritz» la creación suya de la que se siente más orgulloso.

Y vamos ahora con «Trabajo», la última producción del gran artista, que por proyectarse actualmente en nuestros cinematógrafos es una cuestión del momento. He aquí lo que un periódico nos dice referente a esta gran película, en particular sobre su tesis audaz y modernísima, que hasta ahora rara o ninguna vez se había llevado a la pantalla:

«...Está editada esta cinta por Film d'Art, lo cual es ya una garantía de éxito, e interpretada por esas dos grandes figuras de la escena muda francesa, que se llaman León Mathot y Huguette Duflos.

Pero no vamos a ocuparnos en estas líneas de la parte teórica ni de la parte artística de esta producción, sino sencillamente de su tesis. Queremos demostrar que «Trabajo» es una película que todos, pobres y ricos, patronos y obreros deben ver, porque toda ella está inspirada en el Amor, que es base de la unión sólida y firme entre el capital y el trabajo.

No se ataca en ella a la burguesía, no se presenta descarnada la lucha de clases. El novelista se limita a pedir aquí que, gracias al trabajo y al esfuerzo común se establezcan corrientes de amor y simpatía entre el patrono y el obrero.

Para esto, Zola nos presenta dos fábricas distintas: «La Crêcherie» y «El abismo».

En la primera de ellas, un hombre de ciencia, un espíritu trabajador y comprensivo labora constantemente en beneficio de la Humedad, y un día pone en manos del ingeniero Lucas Frooment (León Mathot) todo su capital, para que aquel hombre generoso mejore la situación de los obreros.

Y, bajo la dirección del ingeniero, la fábrica se va transformando, se va engrandeciendo; las máquinas modernas y el esfuerzo de los obreros, bien remunerados, intensifican la producción; aquellos solares inmundos de otro tiempo se han ido convirtiendo en una alegre ciudad obrera, donde los hombres que trabajan encuentran, al final de la jornada, una casita muy blanca en la que hacen su hogar; las escuelas públicas, al aire libre, se extienden alrededor de la fábrica y de la mina.

Y, mientras tanto, en la otra fábrica, una pésima administra-

ción, un loco afán de placeres, un odio al trabajo por parte de su propietario, echan por tierra la labor del director, siendo los obreros las primeras víctimas de aquél despilfarro.

Es, pues, esta cinta, como antes hemos dicho, un canto plástico al trabajo y al amor, las dos virtudes sobre las que debe asentarse la sociedad.

Veréis la máscara descarnada del vicio cubriendo por igual los rostros del rico y del pobre. Pero veréis en cambio el gesto dulce del amor iluminando las almas de un patrono, como Marcial Jordán, y de una obrerita, como Josina.

Y por encima de todo esto, como una canción de fraternidad, pura, inmaculada, las risas de los niños saltan de una a otra escena de la película, en un mariposeo encantador, que os hace amar a la vida. Son los niños de los ricos, que en un descuido de sus guardianes se descalzan para jugar con los niños de los pobres.

«Trabajo» se ha estrenado ya en muchas ciudades del extranjero con un éxito raras veces igualado por otra película. La prensa de todo el mundo tuvo unas frases sinceras de encomio para esta producción que presenta de un modo bello y amable uno de los problemas que convulsionan a la humanidad.

Para terminar estos renglones, queremos hacer constar un hecho que pone de relieve el alto valor ético de esta cinta.

Cuando «Trabajo» se estrenó en Nueva York, el Gobierno americano obligó a los exhibidores a colocar en la película un subtítulo, que decía aproximadamente:

«Producciones como la presente son las que nos convienen, porque ellas nos hablan de que entre el capital y el trabajo se pueden establecer vivas corrientes de cordialidad».

En esta película León Mathot se nos presenta como un verdadero apóstol de los obreros. Nada de pose ni de afectación. Su trabajo sencillo, sin estridencias, sin movimiento exagerado de brazos ni de ojos, nos llega directamente al corazón.

Diríase un obrero más consciente que los demás que ha comprendido que el amor entre todos los hombres es la base de la felicidad humana.

Su creación aquí es más meritoria, porque es muy fácil en un papel de esta clase caer en exageraciones punibles. Mathot huye de ellas, y se nos presenta franco, cordial, lleno de fe en el triunfo final y trabajando con una asombrosa naturalidad. En las escenas de fábricas lo vemos como un verdadero ingeniero, y sin querer, pensamos en sus estudios en la Escuela de Ingenieros de París, no terminados por el ansia de aventuras del actor, que le obligó a seguir sendas distintas en la vida.

A pesar de que él mismo proclama que su mejor creación es la que realiza en «El amigo Fritz», nosotros nos inclinamos más hacia esta otra creación suya de «Trabajo», en que se nos aparece más personal, más íntimo, más compenetrado con el espíritu de nuestra época y de nuestras inquietudes.

Tal vez sea la influencia de la fábula, el genio poderoso de Zola, que ha dado un vigor extraordinario al personaje de Lucas Frument.

Lo cierto es que para nosotros esta creación suya es la más humana y la que más se aproxima a nuestra manera de sentir y de pensar.

**LEÓN MATHOT, FILA-**

**: : : : : TELISTA : : : : :**

En estos grandes actores de la pantalla se notan a veces aberraciones singulares. Así, por ejemplo, tenemos a Gustavo Serena, hombre de acción y de inquietudes, que mata su tiempo en coleccionar objetos antiguos y de arte.

A León Mathot le da la vena por la filatelia, y esta manía de los sellos le lleva tiempo y dinero. Posee ejemplares raros y curiosos, y tiene tanto orgullo en enseñar su colección de sellos postales como el álbum en donde reúne los recortes de periódicos que se refieren a su labor de artista.

Este es León Mathot, el favorito de las mujeres aficionadas al arte mudo.

**MICROMEGAS.**



# TRAS LA PANTALLA

## GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Bruch, 3 - BARCELONA

**Se publica los sábados**

Estos cuadernos se servirán a domicilio, mediante los siguientes

### ABONOS

Abono anual, *España y Portugal*: 18 ptas. - *Extranjero*: 25 ptas.

»	semestral	»	9	»	12'50	»
»	trimestral	»	4'50	»	6'25	»

Pago adelantado, por Giro Postal o valores de fácil cobro

### NUESTRO BUZÓN

*R. Ocaña.* — Madrid. — Para cuadernos y postales diríjase Vd. a D. Manuel Castro, Pretil de los Consejos, 3, bajo. Cada serie contendrá cinco postales. La dirección de Tom Moore es Goldwyn Studios, Culver City, California, E. U. A.

*Paloma Sanjuanena.* — San Sebastián. — Sentimos no poder servirle ninguna clase de argumentos de películas por haberlos agotado ya desde hace tiempo.

*Un noí del Prat.* — Prat del Llobregat. — Le han informado mal, hijo mío; William Duncan no se murió, ni en película. El protagonista de «Las joyas de un Imperio» se llama Franck Glendon, pero ignoro su dirección. ¿Hay algún lector compasivo que la sepa y quiera darla? El *noí* se lo agradecerá.

*E. Zaragoza.* — Ciudad. — Procuraremos complacerle en todo cuanto nos sea posible. Como habrá podido observar tenemos ya una de estas biografías en preparación.

*C. de Villota.* — Madrid. — A su debido tiempo le remitimos la colección de postales «Estrellas del Lienzo». La dirección de Bert Lytell es, Metro, Hollywood, California; Norma Talmadge, 318 East 48th Street; Sessue Hayakawa, Robertson Cole, New York. Ninguno de estos artistas junto con Huguette Duflos por quien pregunta conoce el español, por lo que le recomendamos que por lo menos les escriba en francés.

*Una lectora de «TRAS LA PANTALLA».* — Sevilla. — No lo acierta, amable lectora. *Micromeges* es soltero y está próximo a contraer matrimonio. Es un ex-intrepido viajero. Ha recorrido con provecho todos los continentes y como descubridor de estrellas de Yanquiilandia se pinta solo. Por lo demás, gracias de todo. Esperamos la nueva carta que nos anuncia.

*M. Domínguez.* — Burgos. — A su día le servimos los cuadernos que nos pedia. La dirección de Carol Holloway es, 4417, Prospect Ave, Hollywood, California; la de Edith Johnson, 1624, Hudson Ave, Hollywood, California.



# TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS

## Cuadernos publicados

De venta en esta Admón.: Bruch, 3 - Barcelona, y en casa nuestros agentes exclusivos al precio de 35 cént.

N.º 1 Francesca Bertini, 3.ª edición. — N.º 2 Ch. Chaplin (Charlot), 3.ª edición.  
— N.º 3 Douglas Fairbanks, 2.ª edición. — N.º 4 Mary Pickford, 2.ª edición.  
— N.º 5 Charles Ray. — N.º 6 William Duncan, 2.ª edición. — N.º 7 Pearl White, 2.ª edición.  
— N.º 8 Gustavo Serena. — N.º 9 Pina Menichelli. — N.º 10 Max Linder.  
— N.º 11 Margarita Clark. — N.º 12 Eddie Polo. — N.º 13 María Walcamp.  
— N.º 14 Wallace Reid. — N.º 15 René Cresté. — N.º 16 Hesperia.  
— N.º 17 Roscöe Arbuckle (Fatty). — N.º 18 Mabel Normand. — N.º 19 William S. Hart.  
— N.º 20 Juanita Hansen. — N.º 21 Sessue Hayakawa. — N.º 22 Dorothy Dalton.  
— N.º 23 George Walsh. — N.º 24 Susana Grandais. — N.º 25 Tom Moore.  
— N.º 26 Norma Talmadge. — N.º 27 Harry Houdini. — N.º 28 Paulina Frederick.  
— N.º 29 Harold Lloyd. — N.º 30 William Farnum. — N.º 31 Madge Kennedy

La colección ricamente encuadrada de este primer volumen: 12 ptas.

N.º 32 Antonio Moreno

N.º 33 Huguette Duflos

# ESTRELLAS DEL LIENZO

de "PUBLICACIONES COSMOS"

Magnífica colección de postales de artistas cinematográficos

**SERIE A** FRANCESCA BERTINI : WALLACE REID : BILLIE BURKE : TOM MOORE : RUTH CLIFFORD

Precio: 20 céntimos cada una y 90 céntimos la serie

Los encargos tueras Barcelona, los serviremos, previo el envío de su importe por Giro postal o sellos de correo, mediante un aumento de 5 cént. por cada remesa. Certificados, 55 cént. Precios especiales para los correspondentes de esta Revista

Depósitos para la venta:

**Bruch, 3 - BARCELONA -** Pretil de los Consejos, 3 - **MADRID**  
y en todas las principales Papelerías y Librerías de España